



CAPÍTULO XIII

DE LA TRANSFORMACIÓN Ó MUERTE DEL ALMA,
QUE ES EL ÚLTIMO TRIUNFO DEL AMOR

HLA unión se sigue la transformación, que, si bien se considera, es más alta que la unión; porque unión (hablando de la espiritual) dice ayuntamiento de dos ánimas en una voluntad y querer; pero transformación dice mudanza de una cosa en otra con mejoría y ventaja, la cual promete San Juan de parte de Cristo diciendo (1): *Dióles poder para que sean hechos hijos de Dios. Mas este poder no se da á todos, sino á solos aquellos que ninguna cosa tienen de carne, ni de sangre, ni de voluntad de varón; porque están depurados y espiritualizados, enjutos y secos de toda humedad, como las cuerdas del salterio, que, si no están de esta manera, no pueden hacer consonancia y música perfecta. A esta transformación llamaron los hebreos muerte de beso, y es la que desea y pide la esposa en el*

(1) Joan., 4.

principio de los *Cantares*. El Profeta hizo mención de esta mudanza y la intituló *muerte, aunque preciosa en los ojos del Señor* (1). Por cierto, dichosa es el alma y mil veces dichosa en aquel beso de Dios, cuando sin algún medio la junta á Sí, es transformada y deificada y, muriendo á sí y á todo lo que no es Dios, vive á sólo lo que es Dios. Esta muerte, ó, por mejor decir, vida, dicen los Santos que es cuando el ánima se resbala y cuele en los abrazos del Esposo, y allí fija, apartado su rostro y semblante de las cosas materiales, le convierte todo á las espirituales. Exclama San Bernardo hablando de esta muerte, y dice: ¡Oh buena muerte, que mejora y no quita vida! ¡Cómo se temerá la lujuria donde la sensual vida no se siente? ¡Cómo tendrá poder para pecar el que trascendió la costumbre del pecado? Por cierto, tal desfallecimiento de muerte, de angélica pureza es, y que sólo puede causarla el amor fuerte, como y más que la muerte. «Porque cuanto el alma más se enciende en el amor de su Esposo, tanto más enferma y desfallece en el de las cosas temporales. Que como la muerte corporal aparta el ánima del cuerpo, así la aparta el amor de las vanidades del mundo, y aun algunas veces del mismo cuerpo, como lo afirma Gerson; el cual cuenta de cierta mujer simple y devota, que, oyendo predicar en la fiesta de Pentecostés un

(2) Salmo 115.

sermón de la transformación del alma en Dios, primero era sacudida con gemidos, suspiros y sollozos inenarrables, y reprendida de los circunstancias y maltratada con golpes, porque con sus clamores los turbaba, apretada del espíritu (como el mosto que, no teniendo respiradero, rompe las vasijas nuevas), no pudiendo sufrir la plenitud de él, rotas las venas expiró en la Iglesia y quedó hecha mártir del amor. Dichosa ella y bienaventurada, que no solamente pudo decir con la esposa: enferma estoy de amor, ó herida me tiene la caridad; sino: desfallezco y muero de amor. Cosa admirable verdaderamente que, estando un hombre en alta contemplación, de tal manera sea arrebatado, que muera á su cuerpo y, sin desampararle del todo el ánima, ni sienta, ni entienda, ni vea, ni tenga algunas operaciones de vivo.

Para mayor inteligencia de lo que vamos tratando, se ha de notar que hay transfiguración, transubstanciación y transformación. *Transfiguración* es mudanza de una figura en otra, quedando la propia substancia y figura corporal, como se vió en Cristo transfigurado en el monte Tabor. *Transubstanciación* es conversión de una substancia en otra, quedando los mismos accidentes, como pasa en el Sacramento del Altar. Pero hay *transformación* cuando nuestra ánima, por virtud del amor extático, se muda en Dios, quedándose en su esencia natural. No volviéndose á la idea que tuvo eternalmente en

Dios, como delirando dijo Almarico, hereje, sino sucediéndole nuevos accidentes, no fantásticos ni materiales, sino deiformes, enviando en ella sus rayos la divina claridad. Esta transformación, como dice San Buenaventura (1), se hace cuando el amante no obra según su forma, sino según la forma, esto es, según la voluntad del amado, participando la propiedad del amado, Porque nuestra ánima, como sea forma substancial del hombre, tiene doblados actos: el primero es animar, esto es, vivificar el cuerpo, y este acto ejercita en cuanto anima, según las fuerzas inferiores, como otra forma natural. Tiene otros actos en cuanto espíritu, según la mente, acerca de las fuerzas más eminentes, que son: memoria, inteligencia y voluntad, por las cuales se acuerda, entiende y ama. De aquí vinieron á decir San Bernardo y San Agustín aquella tan celebrada y recibida sentencia: *Más está el ánima donde ama que donde anima*. Siguese que, transformándose por amor el ánima en el amado, hace según la forma y mente del amado, conviene á saber: ninguna cosa de sí meditando, entendiendo ó amando, sino del amado. Por lo cual, en su transformación permanece el alma en su acto primero esencial, sin ejercitar otro acto segundo ni acerca de sí misma ni de alguna otra criatura fuera del amado. No se olvidó el Apóstol de este efecto maravilloso del

(1) Opus, de tribus ternariis in sumibus.

amor; porque, escribiendo á los de Corinto, dice (I): *Somos transformados de claridad en claridad*; conviene á saber: de la claridad de la noticia común, racional y adquisita, en la claridad de la fe deiforme é infusa; de la claridad de la fe en claridad de la inteligencia, y de ésta, finalmente, en la claridad de la sabrosa y sapiencial experiencia. ¡Bienaventurada el alma que tiene conocimiento de esta transformación! Pero más bienaventurada la que la gozó y experimentó.

Oigamos lo que acerca de ella dice aquel gran contemplativo Gerson, el cual trae para declararla la semejanza del hierro (de que ya al principio hicimos mención) y del carbón, que, permaneciendo en su propio ser, se visten de ciertas propiedades del fuego ó del calor incorporado en ellos, y en alguna manera pierden las suyas propias, como son frialdad, dureza y negrura; de suerte que, el carbón y el hierro, más parecen lo que no son que lo que son. Así el ánima permanece en su propio ser, y es dicha ser transformada solamente por similitud. Como decimos una ánima y un corazón entre los que se aman, en cuanto el amante se asimila en algunas propiedades al amado. Pero de qué manera se transforme el hombre en Dios por asimilación, echarse ha de ver si consideramos el fin para que fué criado, que no fué, por cierto, otro que

(I) Transformamur de claritate in claritatem tamquam a Domini Spiritu.—II Corint., 3.

unirse cordial y amorosamente á su Criador en la vida presente por meditación y contemplación, y en la futura por fruición perpetua, que es delectación consumada y perfecta. Criado, pues, el hombre á la imagen y semejanza de Dios, por las tres fuerzas supremas camina y se transforma en Dios, para que pueda ser participante de la semejanza de Dios. Estas fuerzas son: racional, irascible y concupiscible. Puesto, pues, el hombre en contemplación, y convertido á Dios todopoderoso, es purgado en el destierro y remoción del mal; es fortificado para obrar virtud en la parte *irascible*, y es ilustrado para el conocimiento de la verdad y falsedad, é informado para saber distinguir entre uno y otro en la fuerza *racional*, cuando se convierte á Dios sapientísimo. Empero, convertido al mismo clementísimo, es perfeccionado para creer y abrazar el bien, y es inflamado en la dulzura y gusto suavísimo de la divina bondad en la parte *concupiscible*. Y ésta es prelibación y salva que se hace de la futura bienaventuranza, para la cual el hombre finalmente fué criado. De manera que, transformarse un hombre en Dios, es participar su potencia, sabiduría y bondad, que son los atributos más principales de las tres divinas Personas. «¡Desventurados los sensuales y carnales, enemigos de la cruz de Cristo, cuyo Dios es el vientre, y que de lo que se han de confundir reciben gloria; cuyo gusto sólo se ceba en las cosas de la tierra, siguiendo su apetito, como

brutos animales, cuyo desastrado fin llora San Pablo con muchas lágrimas!» (1). *Otra vez y muchas digo: ¡ay de ellos!*; pues, dejada á una parte la razón, se convirtieron en bestias.

Dijo muy bien el Filósofo, que, cuando una cosa no hace aquello para lo cual es, deja de ser lo que es. ¿Qué cosa es que el apetito sensitivo en nosotros, en cuanto no obedece á la razón y voluntad, sino una cosa bruta, por la cual somos reducidos debajo de la naturaleza humana y transformados en brutos? «¡Ay de vosotros!, dice Boecio (2): estáis contados como racionales y sois del número de las bestias, por no conocer en vuestras almas aquello por lo cual se sube á las cosas superiores y divinas, que es la razón y voluntad». El mismo, elegantísimamente prueba de qué manera los hombres, por diversos vicios, se transforman en diversas bestias. «Sucede que no podrás juzgar que es hombre al que considerares y vieres transformado en vicios (3). ¿Por qué no llamaré yo lobo al que roba la hacienda ajena? ¿Por qué no llamaré perro rabioso al que con su lengua despedaza la honra y fama de sus prójimos? ¿Por qué no llamaré raposo al que con astucias y engaños pasa la vida? ¿Por qué no llamaré león á

(1) Philip., 3.

(2) Boetius.— Lib. *De summo bono*.

(3) Evenerit ut quem transformatum vitis videas, hominem æstimare non possis.—Pros., 3, 4.

un airado, y ciervo á un tímido que no se osa dar un azote por Dios, y en cualquiera obra de virtud está temiendo el qué dirán? ¿Por qué no llamaré jumento á un perezoso, y puerco, sucio y asqueroso á un carnal?» Divinamente concluye Boecio su razonamiento (1). *De lo cual sucede que desamparada la bondad, como el hombre deje de ser hombre y no sea capaz de transformarse en Dios, forzosamente se transforma en bestia.*

Pero porque de este monte sagrado han de estar lejos los tales, convirtámonos á tratar de lo que comenzamos, que es de los que por amor gratuito, frutivo y extático se transforman en Dios. Y aunque pudiéramos aquí tratar de muchos que fueron arrebatados á la dulcedumbre del beso de Dios, y en este raptó fueron todos deificados, de sola aquella admirable transformación y muerte perpetua, divina y preciosa del Apóstol San Pablo quiero hacer mención al presente. El cual, viviendo en carne mortal (como lo confesó á los de Gallacia), no en sí, sino en Dios vivía. *Vivo ego* (dice él) *jam non ego, vivit vero in me Christus*. ¿Quién dirá que en estas palabras, vivo y no vivo, no hay contradicción? Hayla por cierto, y muy grande, si la consideración para en lo que el sentido literal de esta sentencia suena; mas, si pasamos al es-

(1) Ita fit ut qui, probitate deserta, homo esse desierit, cum in divinam conditionem transire non possit, vertatur in bestia.—Boetius.

píritu con que San Pablo habla, hallaremos el secreto de la transformación divina de su alma en Cristo, á quien sólo vivía el Apóstol, según las fuerzas superiores del alma, que es lo principal en el hombre. Y así, lo que quiso decir, cuando dijo que vivía y no vivía, fué que á todo lo que era suyo, esto es, de su voluntad y gusto, estaba muerto, y á todo lo que es de Cristo vivo. *Por ventura* (dice á los de Corinto) *¿queréis hacer nueva experiencia de que el que en mí habla es Cristo?* (1). Como si dijera: por lo que hablo y digo echaréis de ver que no soy yo el que hablo, sino Cristo; y si Él habla y obra en mí como le parece, justamente y con razón digo que mi vida es suya y no mía, y que viviendo no vivo.

Filosofemos aquí un poco, y detengamos la consideración en lo mejor, aunque más trabajoso y dificultoso de esta obra, aprovechándonos de lo que los sabios (aunque gentiles) en este caso dijeron. Uno de ellos dice de cierto amante que tenía su alma muerta en su propio cuerpo, y vivía en el ajeno (2). Y que esto sea verdad, que muera el que de veras ama, es negocio muy llano, porque su pensamiento todo, olvidado de sí, se ocupa y se halla siempre en la cosa amada, y si de sí no piensa, tampoco piensa en sí; y si no piensa en sí, tampoco obra en sí, porque

(1) An experimentum quæritis ejus qui in me loquitur Christus.—II Corint., 13.

(2) Platón en el convite del amor.

la principal operación del ánimo es el pensamiento; pues si en sí no obra, bien se sigue que no está en sí, porque estas dos cosas, ser y obrar, son entre sí iguales; que ni hay ser sin operación, ni la operación excede al ser, como consta del Filósofo, que dice «que todo ente obra como tiene el ser»; y así es que nadie obra adonde no está, porque sus operaciones las ha de tener cualquier agente adonde está. Pues si el ánimo del que ama no obra en sí, ni está en sí, luego muerto le habemos de considerar en sí mismo. Aunque si amando es amado, ya que en sí muere, vive en la cosa amada, que es lo que nuestro San Pablo dice: *vivo yo, y no vivo yo; no yo en mí, sino en Cristo, porque vive en mí Cristo.*

Para entender de raíz esta divina filosofía, se ha de notar que hay dos maneras de amor: uno simple, y otro recíproco. El *simple* es, cuando yo amo sin ser amado; el *recíproco*, cuando amo y soy amado. En el amor simple, de todo punto muere el que ama, porque ni vive en sí, como habemos dicho, ni en la cosa que ama, pues no es amado de ella. Empero, cuando el amado responde con el amor al que le ama, vive, por lo menos, el amante en él. Admirable retruécano y artificioso recambio es éste, que amándoos yo á vos, y vos á mí, vos viváis en mí y yo en vos. Trocamos las vidas y damos el uno al otro, y no teniéndome yo á mí, ni vos á vos, vos mantenéis á mí, y á vos en mí, y yo os tengo á vos y á mí en vos. De donde se sigue que la cosa ama-

da es más mía, y está más conjunta conmigo, que yo mismo que la amo; porque yo en mí muero, según queda probado, y si vivo es porque, reamándome la cosa amada, me da vida, y así me cobro y me gano por ella. La cual tiene en mí primero y más principal lugar que yo. Verdaderamente es grande la virtud y eficacia del amor recíproco, pues hace que esté más allegado el amante á la cosa amada que á sí mismo, y que, muerto en sí, viva en ella. Y no es poco de considerar que, no interviniendo más que una muerte en los que así se aman, la reviviscencia ó resurrección sea doblada. Porque así como, amando yo á Pedro, Pedro me posee á mí y me da vida, y se cobra en mí; así, amándome Pedro á mí, le poseo yo, le doy vida, y me cobro en él. Dichosa muerte, á la cual se siguen dos vidas, y dichoso truco, en el cual yo hago gracia de mí á Pedro, y gano con esto á Pedro y á mí, y, no teniendo sino sola una vida, antes que amase mediante una muerte, tengo dos vidas. Pues si levantamos esta consideración al amor divino, y á la reciprocidad que suele haber entre Dios y el alma, ¿puedese con ningunas palabras explicar, ni con ningún entendimiento concebir, lo que gana el hombre amando á Dios, en el cual vive, no ya su vida, sino vida de Dios, como confiesa San Pablo que era la suya? Pues decir que Dios no nos ama si le amamos, y aunque no le amemos, es falso testimonio que le levantamos, como consta por lo mucho que de

su amor respecto de nosotros habemos dicho en el principio de este tratado. ¡Oh cuántas veces muere Dios por amar á quien no le ama! De muchas muertes podría yo, Bien mío, acusarme; porque, sabiendo que me amabas con amor infinito, yo no te reamé ni me acordé de Ti, y cometí en esto crimen *lesæ Majestatis* contra Ti, mi Dios y Señor; porque, cuanto fué de mi parte, te quité tantas veces la vida que deseabas tener en mí.

Platón decía que «el que no pagaba la deuda del amor merecía tres muertes, por tres delitos que juntamente comete no amando, que son: homicidio, hurto y sacrilegio. Mata el alma, destruye el cuerpo y roba la hacienda». El dinero y la hacienda posesiones son del cuerpo, y el cuerpo lo es del alma; luego, el que hurta el ánima, cuerpo y hacienda hurta. No será á lo menos acusada de homicida aquella ánima que, conociendo el amor que su Esposo celestial le tiene tan tierno y con tanto exceso, regalándose con Él le dijo (1): *Yo soy para mi Amado, y mi Amado me estará convertido á mí*. No sé si se pudieran hallar en el mundo palabras con que más se declare el tiernísimo amor que Dios tiene á un alma, que éstas que ha dicho la esposa. En las cuales nos confiesa que ella es para Dios, y Dios está sujeto á ella. Es el misterio, que cuando nuestros primeros padres pecaron, dijo Dios

(1) Ego dilecto meo, et ad me conversio ejus.—*Cant.*, 7.

á Eva (que fué la primera casada que hubo): *Estarás sujeta á tu marido* (1), que fué harta pena. Otra versión dice: *Siempre desearás tener contento, y poseer segura á tu marido* (2). Los setenta intérpretes dicen: *Ad virum tuum conversio tua*. Estarás sujeta y rendida á tu marido. Cuando Caín estaba triste por ver á su hermano Abel tan favorecido de Dios, creyendo que le había de llevar la primogenitura, díjole Dios: *Sub te erit appetitus tuus*. El cual lugar volvieron los Setenta de esta manera: *Ad te erit conversio ejus, et tu dominaberis illius*. No te entristezcas, Caín, no le temas, no pienses que te quiero quitar el mayorazgo y dárselo á tu hermano. Él te estará sujeto, y tú enseñoreado de él. De manera, que estar convertido uno á otro, es frase que significa estarle sujeto y rendido; tomada la metáfora de las hierbas y plantas, particularmente de la que llaman del Sol, que siempre está convertida á este planeta; y á las mañanas, antes que salga, ya le está ella esperando al Oriente. Está sujeta al Sol, como quien ve que de él tiene la vida y el crecimiento. De esta manera la mujer está convertida á su marido, mirándole á la cara, y teniendo por gran felicidad estar en su presencia y tenerle contento. Ésta es la condición de las casadas, aunque sean reinas; mas el alma esposa de Cristo ha salido de

(1) Sub viri potestate eris.—Gen., 3.

(2) Ad virum tuum, desiderium tuum erit.

esta ley común, y esta maldición se ha vuelto en bendición tan copiosa, que se atreve á decir estas palabras tan llenas de confianza: *Yo soy para Él, pero Él está colgado de mí*. He sido tan dichosa y tan bienaventurada, que, estando todas las otras mujeres del mundo rendidas como siervas á sus maridos, yo soy señora del mío, él me ama, él me adora, él me está tan aficionado como si fuéramos iguales, y aún está de manera que parece conocer mi sujeción; está colgado de mí, es cortado y medido á mi voluntad. Mas sepamos, esposa dichosísima: ¿no pagáis ese tan raro amor á vuestro Esposo? ¿Qué le dais por esa sujeción tan amorosa? *Ego dilecto meo*. Yo soy toda para mi Amado; todo lo que soy, todo lo que tengo y poseo es suyo. Mi alma, mi vida, mi pensamiento, mi deseo, mi hacienda, todo para Él; no hay nada mío ni de nadie en mí, sino todo suyo.

De una ilustre matrona de Persia se cuenta que, siendo convidada con su marido á la mesa del gran Cyro, el cual salió al convite riquísimamente vestido y adornado, con que, además de su natural gentileza, le hacía el ornato admirable á todos; acabado el convite, y vueltos á sus casas los convidados, preguntó aquel caballero á aquella matrona su mujer que qué le había parecido del rey; al cual respondió (1):

(1) A te, mi vir, nunquam oculos deflexi, quomodo aspicerem Cyrum.

Amigo mío, quien nunca apartó de ti los ojos, ¿cómo podría mirar al rey Cyro? Donde tú estás no hay para mí príncipe ni monarca digno de ser visto.— Respuesta fué, por cierto, digna de mujer honestísima y tan prudente y bien casada como ella; pues á la buena casada ningún otro hombre le ha de parecer bien sino su marido; todo lo que él no fuere ha de tener por feo, desgraciado y sin provecho. Esta dama bien pudiera decir las palabras de la esposa: *Yo soy para mi Amado*. Bienaventurada el alma que ha llegado á este punto de perfecto amor, que toda sea para Dios, que nada le satisfaga ni dé contento fuera de Dios, que no tenga ojos para mirar sino á su Esposo Dios, con cuya vista y en cuya compañía queda quieta, sosegada y en paz, como otra Magdalena que, reprendida de Marta, ni se excusa ni se turba (1). Atenta toda á la palabra de Dios, colgada de su boca, derretida oyéndole hablar, olvidada de casa, de la administración de la comida de Cristo, de su hermana y de sí misma, estaba sentada á los pies de Cristo. «La vida de los hombres divinos, ó deificados, ó dioses por gracia y amor transformante, dice Plotino (2), es despreciar y tener en nada

(1) Sedens secus pedes Domini audiebat verbum illius. Luc., 10.

(2) Hæc enim est deorum et hominum divinorum felicitiumque vita, inferiores omnino negligere voluptates, quæ in pluribus consistunt et fuga solius ad solum.—Plotinus.

todos los deleites de la tierra, que consisten en muchas cosas, en las cuales se turba Marta y se turba el mundo, y huir al uno sólo de María, absolutamente necesario». «Hombrecillo, dice San Agustín (1), ¿qué vagueaciones y discursos son esos en que andas ocupado y distraído? Busca aquel uno en que están todas las cosas, y bástate.» ¡Oh si llegásemos á este uno, sumo é infinito bien, para que acabásemos ya de descansar y hacer pausa, hechos una cosa con Él! Del que á estado tan bienaventurado llega, dice Jeremías: *Sedebit solitarius, et tacebit, quia levabit se super se*.

Cuatro cosas pone en esta pequeña sentencia de grande consideración. La primera, que se sentará, denotando la quietud y pausa que se halla en Dios. La segunda, que estará solo, denotando la desnudez y expoliación de toda multitud. La tercera, que callará, denotando el silencio estrecho que hay en aquel lugar. La cuarta, que se levantará sobre sí, dando á entender la transformación en Dios; porque sobre el hombre ninguna cosa hay sino Dios, y, levantándose sobre sí, ¿adónde ha de parar sino en Dios? En consonancia á este Profeta, dice David en un salmo (2): *En paz en El mismo dormiré y descansaré*. Dichas estas palabras, no hay más que ha-

(1) Quid vagaris homuntio circa plurima? Quære unum bonum in quo omnia bona et sufficit.—D. August.

(2) In pace in id ipsum dormiam, et requiescam.—Ps. 4.

blar: ¡silencio!, porque ya llegó adonde le guardan todos, adonde cada uno es hecho íntimo é íntimo con el Sumo, de tal manera que, olvidado de todas las cosas exteriores y de todas apartado, ninguno tendrá con quien pueda hablar, conversando solamente con Aquel acerca del cual no hay necesidad de palabras, porque ve y considera todas las cosas. Y también porque lo que ve y contempla allí el alma, si quisiese, no podría explicarlo con la lengua corporal. En aquel lugar de Jeremías, donde trató del solitario dando la razón de su silencio, añadió, conforme á la lengua hebrea: *Tacebit, quia onus supra se ipsum*. Callará, porque le han echado carga sobre sí. Ó porque es carga que excede sus fuerzas, ó porque siente que le han dado más de lo que merece. Verdaderamente se les echa gran carga á los que entran á los secretos de Dios, y en mucha obligación los pone Su Majestad, para que no revelen á nadie, sin su licencia, lo que en su íntimo les comunica.

El profeta Isaías, viendo en espíritu lo que había de suceder en el tiempo del Mesías, fué tanta el ansia que tuvo por dar de ello nuevas al mundo, que lo comenzó á declarar, y, pareciéndole que se había desmandado en decir más de lo que había menester, vuelve en sí y dice (1): *Mi secreto para mí, mi secreto para mí*. El santo rey David dice en un salmo (2): «En mi cora-

(1) Isai., 24.

(2) Ps. 113.

«zón guardé y escondí vuestras palabras y secretos que me habéis revelado, para no ofenderos». Mercurio Termegistro encareció lo malo que es no guardar secreto en las cosas que trata Dios con el hombre en secreto, y dice (1): «De alma sin religión es descubrir á muchos el secreto lleno de divinidad; porque, en los ánimos flacos y de poca capacidad, los misterios de Dios y sus conversaciones ó palabras profundas se envilecen y son tenidas en poco». El mismo señor dice (2): *No echéis la santidad á los perros, ni las margaritas á los puercos*. Por cierto, mi intención no ha sido ésta en este pequeño tratado, sino repartir la santidad con los Santos, y las piedras preciosas con los varones perfectos que, como mercaderes evangélicos, andan en busca de ellas. De todas, la más preciosa es la caridad, y que no puede comprar quien no hace almoneda y vende todas las cosas, porque, aun todas juntas, no llegan á lo que sola ella vale. Bien conocido tenía su valor aquella ánima santa que dijo en los *Cantares* (3): «Si el hombre más rico y poderoso del mundo diere toda su substancia, toda su hacienda y

(1) Irreligiosæ mentis est, tractatum tota numinis majestate plenissimum multorum conscienciæ publicare, quia vilesunt in imbecillibus animis profunda elloquia et mysteria Dei.—Mercurius.

(2) Matt., 7.

(3) Si dederit homo omnem substantiam domus suæ pro dilectione, quasi nihil despiciet eam.—*Cant.*, 8.

«riquezas, porque uno que posee esta preciosa «joya de la caridad se la dé (si el tal conoce «perfectamente su valor), todo lo tendrá en nada». No dice estimará cada cosa en lo que es, y pareciéndole poco pedirá más, sino todas las riquezas, honra y autoridad real, alhajas y regalos, despreciará como si en verdad fuesen nada. Decidle á un hombre enamorado de Dios que deje de amarle y que le daréis todo el mundo, y responderos ha lo que Cristo al demonio, que le quería comprar el amor de su Padre (1): *Vete hacia atrás, adversario, que sólo Dios ha de ser adorado y servido*. Por conservar en sí el amor de Cristo estimaba el Apóstol todas las cosas en lo que se suele estimar el estiércol y basura de los muladares. Al Bautista le ofrecen el Mesíate, de consentimiento y acuerdo de todo el Senado de Jerusalén, por que pierda la afición á Cristo, y fué como si no le ofrecieran nada. Véndanse, pues, todas las cosas que son y pueden ser, y cómprese esta margarita, que sola ella nos tiene ricos de los bienes de la gracia y nos asegura los de la gloria, la cual tenga por bien darnos el que quiso más morir en la cruz que faltar al amor y caridad de su esposa la Iglesia, firmamento y columna de toda verdad.



CAPITULO XIV

DE LA EMBRIAGUEZ DEL AMOR

BERCÁNDONOS vamos á la bodega del vino, y plegue á Dios entremos en ella, para que gustemos lo que la esposa, que, saliendo de este dichosísimo lugar, dice: *Comido he mi panal con mi miel; bebido he mi vino con mi leche*. Y porque le ha sabido bien este vino, como tan caritativa, convida, no á todos sin diferencia, sino á los muy amigos, para que lo prueben y beban de ello hasta quedar embriagados (2). *Bebed y embriagaos los muy queridos*. El profeta Isaías convida á todos los sedientos á beber de las aguas que verdaderamente matan la sed del alma, pero no persevera en su primer intento; porque habiendo convidado á beber agua, dice (3): que *compremos de balde vino y leche, y que comamos el bien, que comido deleita y regala el ánima con su gordura*. Es el secreto y misterio de este lugar, y del de los *Cantares*, que, siendo una cosa sola á la que somos convidados, conviene á saber: el amor

(1) Matt., 4.

(2) Bibite et inebriamini charissimi.—*Cant.*, 5.

(3) Isai., 55.